

La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación

M.^a Luz Morán
y Jorge Benedicto

Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, 1995, 139 págs.

Desde que en 1963 Gabriel Almond y Sidney Verba reflejan en su obra, *La cultura cívica*, los criterios teóricos y metodológicos del conductismo, el concepto de cultura política se ha convertido en un factor explicativo de primer orden a la hora de calibrar los éxitos o fracasos democráticos de cualquier nación. M.^a Luz Morán y Jorge Benedicto han tenido muy presente este hecho en el momento de encarar, en su ensayo de reinterpretación, la cultura política de los españoles. Tenerlo en cuenta no equivale a supeditarse a otros enfoques, sino que, emulando los ya clásicos trabajos sobre el tema, aportan algo creativo en este aún joven ámbito científico.

Ese es uno de los principales empeños de estas páginas, llenas de tierras de encuentro a la búsqueda de un ethos político específico de la también adolescente democracia española. Para ello, los autores, se apoyan en el material suministrado por las encuestas del CIS a lo largo de la década de los años ochenta y finales de los setenta. Su pretensión es la de lograr un modelo estructural que supere la tendencia de la perspectiva analítica, centrada en el estudio de una serie de rasgos, o elementos definitorios, para, con posterioridad, alcanzar una imagen global. En esa línea, elaboran un esquema dimensional (p. 29), que les permita «analizar empíricamente las pautas culturales con las que los ciudadanos se enfrentan al ámbito político y la estructura de relaciones que las vincula entre sí en un todo más o menos coherente»; sin el menor atisbo de duda, lo más valioso de la obra. Dividido en cuatro grandes áreas, este esquema les llevará a la realización de trabajos de mucha mayor enjundia, valiosísimos para un tema tan apasionante como es el de la cultura política española en estos últimos años. Se logrará así, subsanar una demanda

académica que, en estos días de recuperación de la Transición como foco de atención de la opinión pública, encontrará un amplio eco.

La estructura parte del análisis del individuo-ciudadano como actor (valores sociales, creencias políticas básicas y experiencias de socialización política), para desarrollar en un «segundo tiempo» la vinculación entre el ciudadano y la política (implicación política personal, política y medios de comunicación, asociacionismo y participación política), dando paso como tercera dimensión a la imagen del sistema político (el sistema democrático y los actores e instituciones políticas democráticas) y finalizando con los resultados de la acción institucional (juicios sobre la labor del Gobierno, y Estado y bienestar social).

El desarrollo analítico de este esquema (p. 34) supone la consecución de un instrumental científico-descriptivo de un indudable valor de cara al futuro, que no puede quedar constreñido al uso de la encuesta, sino que habrá de expandirse hacia las distintas áreas que fecundan a las Ciencias Sociales. La base empírica del Banco de Datos del CIS, inmejorable en los últimos años, no deja de mostrar a lo largo de este breve recorrido sus limitaciones para tan ambicioso proyecto.

La conversión del individuo en ciudadano (Marshall) dentro de ese enfoque estructural que se pretende, pasa inexcusablemente por una superación de la tendencia descriptiva en favor de la analítica, empeño que el ensayo no logra totalmente. Se apunta en direcciones que sin duda fructificarán, pero que en la obra no frugan. El tránsito por la interpretación clásica, sin abandonarla pero con afán de superarla, necesita, como muy bien señalan los autores, de nuevos ojos. Máxime en sociedades industriales cambiantes en las que siguen predominando grandes líneas de desigualdad. Pero, sobre todo, necesita de un buen caleidoscopio que nos muestre las distintas perspectivas y éste ha de venir de la multidisciplinariedad y su fecunda semilla, recogiendo de distintos terrenos del saber todo aquello que resulte funcional a la hora de brindar explicación a los porqués de las actitudes y opiniones políticas de los españoles.

Las características centrales de la cultura política española en los períodos de transición y consolidación democrática han experimentado, desde mediados de la década de los setenta hasta los inicios de los noventa, cambios reflejados en las encuestas manejadas, pero ello no evita que se constaten una serie de peculiaridades hispánicas que permanecen, aún con variaciones, a lo largo de estos años. Destacan como improntas el cinismo político, definido como la débil identificación de los ciudadanos para con las élites políticas y las principales instituciones, y la baja participación política, rasgos diferenciadores de los españoles, frente a la cultura política de las democracias occidentales a lo largo de la década de los setenta y ochenta (p. 24).

Para J. J. Linz, ese cinismo político es la principal huella del franquismo en el desarrollo de la cultura política española, algo que nos permitiría aspirar a borrar, con el paso del tiempo, superándola, esta peculiaridad que nos identifica. Difícilmente asumible en tanto

que generaciones que han perdido, porque nunca tuvieron una imagen del franquismo, siguen desarrollando en la actualidad ese cinismo.

Uno de los temas que los autores abordan sin analizarlo en profundidad, es el de la vinculación entre la orientación de las demandas al sector público, que determinan en este período reivindicaciones reformistas o detrimento de las opciones radical-revolucionarias o inmovilistas, y la desigualdad y el papel redistributivo del Estado de Bienestar. Algo que sin duda es ya el gran tema político de finales del siglo xx en Occidente y parte central de la cultura política de los ciudadanos europeos.

Dentro de los factores decisivos en el progresivo desarrollo de la cultura política de nuestro país, los autores dedican a la educación las páginas 51, 71, 93, 113 y 123, que nos muestran sus inclinaciones reformistas. El que la educación sea el principal factor que influye en la percepción del sistema político de los españoles, no impide que sea imposible encontrar una relación clara entre ésta y la escasa confianza hacia los partidos políticos como actores centrales en la vida política democrática. Se duda de su efectividad. Y esa tendencia, después de los últimos escándalos de corrupción que habrán propiciado un nuevo distanciamiento de los ciudadanos frente al acontecer político, incide en la debilidad central de la cultura política de los españoles: la fragilidad de los vínculos entre el ciudadano y el sistema político. Nuestro sistema político se vuelve a hacer extraño, ajeno. Educación e información deberían caminar de la mano a la hora de lograr ciudadanos maduros en una democracia plena.

La ausencia de fuertes sentimientos de competencia política y la escasa implicación en el sistema político, encuentra en el ejercicio de la crítica, a la que es tan proclive el español, su mayor bastión a la hora de defender esa necesaria vinculación entre ciudadano y política. Se convierte en el nexo de unión. Y esa, tal vez, sea una de las grandes esperanzas que quedan, dada la radicalidad de los últimos acontecimientos en el plano político. En los españoles prevalece una lectura crítica del funcionamiento del sistema democrático (tabla 32, p. 107), pero dentro de lo que los autores califican de un apoyo difuso a la democracia (p. 110).

El recorrido que dentro de este análisis, fundamentalmente empírico, realizan ambos profesores sobre las percepciones y valoraciones de nuestro pasado histórico más reciente, nos permite analizar la memoria de la transición de una forma diacrónica y, paralelamente, observar la evolución de la imagen de la democracia dentro de la «conciencia colectiva» de los españoles.

A lo largo de la década de los ochenta, más de la mitad de los entrevistados insisten en la obligación que tienen las autoridades de consultar a los ciudadanos en torno a los asuntos públicos, aunque ello pueda llegar a retrasar el propio proceso de toma de decisiones (p. 110). Se plantea una identidad democrática que colinda con el utopismo cibernético de las telópolis del siglo XXI y que nos muestra la escasa confianza que se tiene en el modelo representativo. En la línea de los condicionamientos históricos defendida por el profesor Maravall, podríamos decir, que la cultura política del español tiende hacia la auto-referencia, a la auto-justificación, a pesar de esa madurez señalada a lo largo de las entrevistas utilizadas en la obra.

Este análisis, eminentemente cuantitativo, cuajado de especulaciones cualitativas a las que se les cercenan las alas, es el mayor problema de la obra. Por otra parte el estudio tiene un diseño de investigación que dará paso a obras de mayor peso, dada la capacidad de ambos autores.

Para finalizar estas consideraciones, se ha de destacar por un lado, el papel desempeñado por las mujeres dentro de la cultura política de los españoles; españolas, que han evolucionado en un breve espacio de tiempo hacia posiciones de vanguardia en lo que a las concepciones democráticas se refiere. Y por el otro, atendería a una de las muchas paradojas que nos caracterizan y que tal vez sea una de las aportaciones más sugerentes del texto que nos ocupa: los significados de la democracia dentro de la concepción y evaluación del sistema democrático. Los autores constatan, cómo la definición que predominaba en 1989, giraba en torno a la tradición liberal del pensamiento democrático frente a las tendencias estatistas de corte igualitario, a pesar de que dentro de la cultura política de los españoles existe un modelo predominante, que vincula el sistema democrático con la idea del bienestar y el desarrollo económico. Caracterizado por un elevado nivel de demandas, en cuanto a la consecución de una felicidad colectiva, dirigidas hacia el Estado.

Autores como D. Bell o A. Touraine, nos sirven como abanderados en la reivindicación del papel de los elementos culturales en un nuevo tipo de sociedad «post-industrial» o «post-moderna», equiparable a la importancia que pensadores de la talla de J. Habermas o C. Offe, otorgan a los imperativos culturales del capitalismo tardío a la hora de calibrar los procesos de cambio. Dentro de ese marco, M^a Luz Morán y Jorge Benedicto han sembrado en un fértil terreno en el que sus esfuerzos, sin duda, germinarán.

Juan Carlos Cuevas Lanchares